

DIVERSIDAD
DICIEMBRE 2014
#9, AÑO 5
ISSN 2250-5792

Prof. HORACIO CAGNI
UNIVERSIDAD NACIONAL
TRES DE FEBRERO / CONICET
horacan@hotmail.com

La Búsqueda de La Unidad Europea. Evolución de Un Mito y Crisis Identitaria

Resumen

El ensayo releva la idea de Europa en la modernidad, particularmente los intentos de unificación a través del proyecto de un Imperio mundial cristiano basado en la monarquía de Carlos V, el intento napoleónico de unidad continental bajo los principios de la Francia revolucionaria, y del Tercer Reich con la segunda Guerra Mundial y su Lebensraum racista en oposición al “gran espacio”.

El problema europeo fue sucumbir a la tentación imperial con una capitalidad, en lugar de la idea de confederación/federación, provocando la tensión entre Imperio y estado-nación. El mundo actual sigue presentando la crisis identitaria de un continente, agravada con el fin irresuelto del bipolarismo y la inmigración de las antiguas colonias y otros países periféricos.

Palabras Clave: Europa, Unidad, Identidad, Crisis.

DIVERSIDAD

DICIEMBRE 2014

#9, AÑO 5

ISSN 2250-5792

Prof. HORACIO CAGNI

UNIVERSIDAD NACIONAL

TRES DE FEBRERO / CONICET

horacan@hotmail.com

The search for a European identity. Evolution of a myth and identity crisis.

Abstract

The essay treat the idea of Europe in modern times, particularly the attempts at unification through the project of a Christian world empire based on the monarchy of Charles V, Napoleon's attempt at continental unity under the principles of revolutionary France, and the Third Reich with World War II and its racist Lebensraum in opposition to the "great space".

The European problem was succumbing to the imperial temptation with a capital, rather than the idea of a confederation/federation, causing tension between empire and nation-state. The current world still presents the identity crisis of a continent, compounded with the unresolved end of bipolarity and immigration from former colonies and other peripheral countries.

Keywords: Europe, Unity, Identity, Crisis.

Según el mito, Europa era una joven de la cual se enamoró Zeus, quien para seducirla se transformó en toro; ella, envalentonada, se subió al lomo del toro y Zeus la raptó, llevándosela a través del mar hasta Creta. Aunque los autores clásicos se interrogaron sobre el vínculo existente entre esta figura mitológica y el continente al que dio nombre -designando como Europa a la parte no asiática de Grecia-, es curioso que Heródoto se preguntara porqué se le dio un nombre asiático a esa región¹

La idea de Europa poco tiene que ver con la geografía, por otra parte tan cambiante en términos políticos y humanos a lo largo del tiempo, sino con la conciencia de los europeos. Europa, antes que fronteras, tiene una fisonomía. Si una civilización es aquello conciente de existir como una totalidad distinta, entonces Europa la tiene. Los europeos suelen hacerla retrotraer hasta el mundo griego y romano, pero en todo caso el mundo clásico bien puede ser abordado como una cultura distinta, pese a su indudable legado en el pensamiento y el derecho occidentales. Europa sí pareciera, desde su temprana conformación en el medioevo, inseparable de la cristiandad, que carece de patria.

A partir de la expansión planetaria del S. XVI, Europa no tuvo más límites que la geografía terrestre. Desde entonces, vivió del mito eurocéntrico: decir Europa equivalía a decir mundo civilizado y humanizado; lo que fuera la *romanitas* ahora era la cristiandad. Al respecto dirá Novalis: “Fueron tiempos bellos y resplandecientes aquellos en que Europa era un país cristiano, en que una cristiandad vivía... en un gran interés comunitario... un jefe dirigía y unía a las grandes fuerzas políticas”.²

No obstante, no es cuestión de creer que este proceso fue determinante y homogéneo a través del tiempo. Las guerras de religión del S. XVII fueron auténticas guerras patrióticas: la cristiandad se dividía y emergía el mosaico de Estados nacionales conformados a partir de la paz westfaliana. El surgimiento de los movimientos revolucionarios desde el S. XVIII llevó a Europa a una serie de conflictos civiles que derivaron en guerras internacionales. El Siglo XX asistió a la crisis terminal del eurocentrismo y la emergencia de poderes extraeuropeos, los Estados Unidos y la Unión Soviética y el consiguiente bipolarismo. Por vez primera en cinco siglos, el Viejo Continente resignaba su papel de *prima donna* internacional. A pesar de lo cual pudo, al fin, a la sombra del tutelaje norteamericano, constituir la ansiada Unión Europea, un esfuerzo mancomunado de los anti-

1 Heródoto: *Historias*. VII, 185.

2 Novalis: *La Cristiandad o Europa*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1997, pg. 71.

guos enemigos, que creó uno de los mecanismos de integración más complejos y aceitados.

Pero la autoimplosión soviética y el fin del mundo bipolar colocaron a los europeos nuevamente como protagonistas principales del acontecer internacional, luego que las fronteras impuestas en Yalta en 1945 hubieron de ser revisadas. No obstante, la crisis balcánica de los noventa del pasado siglo demostró el escaso margen de fuerza que detentaba el Viejo Continente y la vigencia del panintervencionismo estadounidense, que debió actuar directamente ante la ausencia de poder europeo en el área. La reconstrucción rusa con Vladimir Putin, la expansión de la OTAN en Medio Oriente y más allá, sumada a la globalización del terrorismo luego del atentado del 11 de setiembre de 2001, han encontrado a Europa demasiado ampliada, con una crisis económica e identitaria muy profunda. Ausente de nuevos mitos, presenta una unidad político-económica con pocos valores compartidos, sin terminar de encontrar el camino.

La evolución de Europa presenta etapas bastante bien definidas. Es menester un intento de reflexión que comprenda un análisis global, un cruce de elementos económicos, políticos, sociales y culturales, para así poder reconstruir un fenómeno tan complejo y extenso. Concientes de esa complejidad y vastedad temática, sólo queremos detenernos -en una reflexión de por sí limitada por razones de espacio- en algunos hitos históricos donde, a nuestro juicio como de muchos autores notables, se pone sobre el tapete los alcances, límites y validez de la idea de Europa, indagando en los mitos identitarios que la soportan. A tales fines, y desde la historia de las ideas y su proyección en las relaciones internacionales en forma de “corrientes profundas” (*more* Pierre Renouvin), es posible relevar algunos de los momentos fundamentales en el desarrollo histórico de la idea europea, y el éxito o fracaso de los intentos de plasmación política.

La motivación para encarar esta reflexión viene de una conferencia de Ernst Nolte en Chieti en 1997 -relevada por el notorio medievalista Franco Cardini- sobre la conciencia nacional y la conciencia europea.³ Allí el veterano historiador y filósofo alemán señaló que había que reconocer que también el protestantismo y el iluminismo, como la secularización y la idea de Estado-nación son componentes de Europa. La lucha contra la posibilidad de un dominio mundial español tenía un importante derecho histórico, no menos que la resistencia sucesiva contra la hegemonía de Napoleón y el predominio de la Alemania nacionalsocialista de Hitler. Tres etapas: la España imperial de Carlos V, la Francia napoleónica, el Tercer Reich.

3 Ernst Nolte: *Coscienza europea e coscienza nazionale*. Prolusione alla prime edizione del Premio Internazionale Toson d'Oro. Città del Vasto 1998. (Disponible en Internet).

Los grandes historiadores han vislumbrado que en el S. XIII la idea de Imperio Mundial había fenecido. Las necesidades étnicas, las tradiciones locales, la pobreza de las comunicaciones habían construido tantas barreras que de la romanidad sólo quedaba el recuerdo. Basadas en espacios geográficos concretos, nacían unidades políticas más pequeñas; el futuro pertenecía a los reinos nacionales. Si consideramos que una nación triunfa sólo cuando consigue una unidad de estado sólida -unidad política, económica, y lingüística- capaz de movilizar todas las fuerzas de la comunidad para la consecución de un fin, entonces Inglaterra y Francia pudieron triunfar, puesto que eran las unidades nacionales relativamente más completas. El Imperio no tenía esta característica.⁴

Sin embargo, al finalizar el S. XV -coincidente con la divisoria formal establecida por los historiadores entre Edad Media y Edad Moderna-, se dieron las condiciones para la resurrección de la idea de Imperio mundial desde un punto de vista eurocéntrico. Los reinos de Castilla y Aragón unificaron la península española estableciendo una unidad no sólo política, sino económica, idiomática y religiosa. Ello no hubiera pasado de ser un episodio importante más de la historia europea y universal de no ser que, a la vez que caía Granada, último reducto musulmán en la península, un marinero genovés al servicio de esas coronas descubría América, abriendo las puertas a la expansión europea: “Un sueño entre mesiánico y comercial acabó concretándose”.⁵ Un enorme espacio pleno de recursos era puesto por el destino al servicio de los Habsburgos, que no solo tenían España, sino territorios en Bélgica, Alemania, Austria y la *Mitteleuropa*.

El Imperio Español construido a partir del S. XVI es el primer ejemplo de Imperio mundial, pues llegó a tener posesiones en los cinco continentes; era un espacio donde “jamás se ponía el sol”. Los Reyes Católicos habían dejado como valioso legado un Imperio que, además de una península enteramente unificada -salvo Portugal- política, lingüística y confesionalmente, disponía de una avanzada mediterránea en el sur de Italia y el norte de África, y un vasto escenario en las Indias, el Nuevo Mundo recién encontrado que ofrecía posibilidades ilimitadas a la explotación y colonización.

Al igual que sucedió con los Hohenstaufen y el Sacro Imperio Ro-

4 Leopold Von Rancke hace una clara semblanza sobre esta época en su *Historia Universal*, que Steven Runciman, en el primer capítulo de sus *Visperas Sicilianas*, plagia directamente.

5 Ernest Belenguer: *Fernando el Católico*. Península, Barcelona 1999, pg. 186

mano Germánico, el nuevo Imperio Habsbúrgico, heredero de aquél, se asentaba sobre una ideología, pero esta vez -con la apertura hacia el mundo consecuente a la violación del *Mar Tenebroso*- de visión universalista. Era un Imperio universal basado en el catolicismo y, en su condición de Imperio católico, tenía la alianza y bendición de la Iglesia. El Imperio de Carlos V y su sucesor Felipe II enfrentó a la vez a la Reforma y al Imperio Otomano, es decir a “herejes e infieles”, pero también debió hacerlo con los ya consolidados Estados nacionales de Inglaterra y Francia.

La lucha continua hipotecó el erario público de la España imperial, y puede decirse sin dudas que las Indias del nuevo continente americano proporcionaron el oro -y parte de la sangre- para el mantenimiento de esas guerras. En el S. XVI, además, uno de los aspectos más significativos era “la guerra como forma de conseguir y mantener el honor y la reputación...ellos eran tan importantes como la defensa y el exterminio de los enemigos de Dios”, como señalaban las proposiciones de Carlos a las Cortes.⁶

No obstante, el deseo originario de Carlos V era lograr una *pax* cristiana y un bloque unitario eurocristiano contra el infiel. El emperador era depositario de una resultante de fuerzas complejas y muchas veces encontradas. Entre el medioevo y la modernidad, a la vez representaba el concepto de monarquía cristiana europea -“entelequia concreta en el pensamiento pero vaga en la acción”⁷- que será conmovido por la Reforma y el descubrimiento de América, y también simbolizaba la unión de varias coronas opuestas al nacionalismo de tres grandes potencias, Inglaterra, Francia y la propia España. El emperador multinacional y cristiano, adversario europeo de los reyes nacionales Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, será un nacionalista español. El costado medieval del emperador se llevaba sin trauma con su vertiente moderna.

Hacia 1520, Carlos estaba convencido, merced a la influencia de su canciller Mercurino di Gattinara, de ocupar una posición sobrehumana dentro de la cristiandad; su canciller lo había calificado como el más grande emperador desde Carlomagno. Carlos creyó que era elegido de Dios para ser monarca supremo universal -como Alejandro o César previamente, añadimos- y la segunda espada de la cristiandad luego del Papa. Por otra parte, no se interesaba en cuestiones de dogma y a menudo discrepaba con aquél.⁸

6 M. J. Rodríguez Salgado: *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*. Crítica, Barcelona 1992, pgs. 49-50.

7 Salvador de Madariaga: *Carlos V*. Grijalbo-Mondadori, Barcelona 1995, pg. 79.

8 Lo afirma Hugh Thomas: *El Imperio español de Carlos V*. Planeta, Barcelona-Buenos Aires 2010, pgs 39-40.

Pero la existencia de tan formidable megaspacio imperial obligó al emperador a una política universalista, tal como lo pretendía Hernando de Acuña al afirmar que, con Carlos, el orbe tendría un monarca, un imperio y una espada. No obstante, poco se interesó Carlos realmente del Nuevo Mundo, del cual sacaba gran parte de los ingentes recursos que necesitaba para su política europea -sintomático que Francisco de Vitoria lo impulsara a ocuparse del mismo-, pues en Europa estaban sus preocupaciones y hacia ella dirigió todas sus energías. La enorme extensión del Imperio de Carlos constituía su fuerza y su debilidad: la imagen de tanta vastedad, de las fronteras dilatadas de la catolicidad, era a la vez fantástica y real.⁹

Gattinara -idealista en sus fines y realista en sus métodos- soñaba con la restauración del Imperio universal acompañado de la Iglesia universal, es decir romana. Seguía a Dante en cuanto a la división entre ambas investiduras, pero era agustiniano en cuanto a las dos *potestas* universales, con la idea de una Iglesia única que reuniera a la cristiandad bajo sus dos cabezas, emperador y pontífice.¹⁰

Es lógico subrayar que la idea de monarquía universal, tal como la concebía Dante, ya estaba superada fácticamente con el advenimiento de la modernidad. Carlos debió luchar por un Imperio que nada tenía que ver con la diarquía de Dante, y por ende tampoco con el aspecto más heterodoxo de su canciller Gattinara o las elucubraciones humanistas de Erasmo. Después de todo, el monarca francés Francisco I era un rey cristiano y los reformistas, quiérase o no, también constituían un problema cristiano. Prefiriendo la paz, el emperador fue sobrepasado por las disidencias internas en el continente, una auténtica guerra civil cristiana.¹¹

Existe una tendencia a considerar a Carlos V -y el proyecto de su asesor Gattinara- sólo como el pensamiento de una monarquía universal en clave medieval, es decir la pretensión de reducir el mundo a un César defensor de la cristiandad, con el recuerdo del Sacro Imperio. En realidad, como lo demostró Galasso y lo retoma Belenquer, Carlos V no era un segundo Carlomagno, sino el primero de los grandes soberanos de la modernidad. Esta visión la compartimos

9 Karl Brandi: *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y un Imperio mundial*. F.C.E., Méjico 1993, pg. 262.

10 Véase Federico Chabod: *Carlos V y su Imperio*. Península, Barcelona 2003, pg. 109.

11 En el caso de los emperadores cristianos, tenían la obligación de sostener y proteger al cristianismo y extender el Imperio a los no cristianos. Es decir que el orden del mundo cristiano, de orígenes ligados al Imperio romano, era un orden cultural, moral y político sin fronteras, donde la empresa era la evangelización. El imperialismo europeo se ligaba al destino y futuro del cristianismo. Véase Anthony Pagden: *Señores de todo el Mundo. Ideologías del Imperio en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Península, Barcelona 1997, pgs. 47-48.

Prof. HORACIO CAGNI

UNIVERSIDAD NACIONAL

TRES DE FEBRERO / CONICET

horacan@hotmail.com

a los fines de esta reflexión. Su proyecto fue el primer intento moderno de conseguir una hegemonía continental en Europa con apoyo de las Indias. Un intento no sólo dinástico sino de auténtico poder político.¹²

Esta idea bifronte de Carlos V, orientada al Imperio universal, de un lado, y reivindicativa del Estado-nación moderno con vistas a la unidad continental, del otro, se plasma en los hechos cuando España se abre al orbe y a la vez se encierra en sí misma en lo que se ha llamado “la España de los rechazos”: rechazo al pensamiento moderno, a la crítica de la iglesia, al progreso material, empeñándose en una estéril guerra con el Estado francés.¹³

Existe también un cambio total en el concepto de guerra. Puesto ente la intransigencia francesa, las revueltas en Italia y Holanda -terriblemente reprimidas- y la cruzada contra el Imperio Otomano, Carlos apeló en conjunto, no sin angustia ante la emergente guerra intercristiana, a la empresa de “salvar la cristiandad”. La guerra política de objetivos limitados, propia del príncipe renacentista, se transformó, en la mente y en el ánimo de Carlos, en una guerra a todo o nada.¹⁴

Cuando Carlos abdicó y se retiró en 1555 a Yuste, estaba cansado y lamentaba no sólo su mala salud, sino la ausencia de paz que había caracterizado toda su existencia. Su vida estuvo muy unida a la evolución de la Reforma; por una ironía del destino los años cumbres de su actividad política fueron paralelos a los del reformismo germano. Cuando fue elegido emperador en 1519 surge Martín Lutero, y en su abdicación el luteranismo era formalmente reconocido en Alemania. Su tragedia fue que antes que el hombre de nobles sueños y aspiraciones y devoto católico, Carlos debió ser el hombre de acción que la realidad de su tiempo le impuso.¹⁵

La guerra de religión o de los Treinta Años (1618-1648) culminó en la resolución de la cuestión de la soberanía, pues el Estado absolutista entronizado en 1648 con la Paz de Westfalia terminó con los conflictos bélicos civiles y religiosos, al convertirse en el único y

12 Giuseppe Galasso: *Carlo V e la Spagna Imperiale*. Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 2006. Ernest Belenguer: *El Imperio de Carlos V*. Península, Barcelona 2002, pgs. 93-97. El gran impulsor de la misión imperial del monarca es siempre Gattinara, tesis sostenida por Brandi y avalada por la autoridad de Chabod, a la cual se opone Menéndez Pidal, que insiste en que Carlos V sólo quiere un Imperio de paz cristiana y no de conquista, afirmación difícilmente defendible.

13 Lo afirma Pierre Chaunu: *La España Imperial de Carlos V*. Península, Barcelona 1976, T.II, pg. 101.

14 José María Jover: *Carlos V y los españoles*. Rialp-Sarpe, Madrid 1985, pg. 207.

15 Hans Hillerbrand: *The World of Reformation*. Ch. Scribners & Sons, New York 1973, pgs. 109-110.

legítimo poseedor de los medios de coacción física. Este monopolio del poder le permitía disponer de la vida y los bienes de los súbditos ante un estado de excepción como una guerra. El paradigma westfaliano estará constituido por la centralidad del gobierno, el pueblo unificado en un Estado-nación y las fuerzas armadas profesionales bajo las órdenes del príncipe.

Ahora las guerras fueron interestatales, y el conflicto por el predominio o la defensa de los intereses nacionales convirtió a Europa en un escenario bélico permanente, ya que entre Westfalia y Waterloo no hubo tregua. No fue ajena a esta situación la revolución militar que ayudó a la hegemonía de occidente a partir del S. XVII.¹⁶ No obstante, las guerras continuas mantuvieron un alcance limitado y objetivos todavía racionales.

Este largo proceso europeo va, como se ha visto, de la apología de la evangelización, la civilización y la gloria militar en el S. XVI, por igual en todas las potencias, ya sea española, inglesa o francesa - proceso bien estudiado por Anthony Pagden- al descrédito de la misma idea de Imperio y la exaltación de un ideal cosmopolita, que aspiraba a sustituir los Imperios por federaciones de Estados independientes e iguales, tres siglos después. Esta es la época de Kant y su propuesta de “paz perpetua”.

Pero la política internacional exigía otra actitud y otros actores. La idea de un Estado-nación poderoso capaz de expandirse y unificar al continente, embrionaria en Richelieu y Luis XIV, culminará en Francia con la Revolución de 1789. El pueblo francés, numeroso para la época, unió los ideales de la Ilustración y la ideología naciente con el fervor revolucionario. Lo más significativo fue que la Revolución dejó no sólo legados tangibles, sino también sus tradiciones y mitos. Su proyección trascenderá las fronteras de Francia y Europa transformándose en acontecimiento mundial.¹⁷ El “pueblo en armas”, el conjunto de ciudadanos movilizados, junto con la totalidad de los recursos económicos de la nación -causas de una nueva concepción de la guerra, ilimitada y total- fueron aprovechados por Napoleón y su idea imperial de base continental.

La “Era de Napoleón” tiene una duración de una generación, sólo 25 años, pero de una intensidad sin precedentes.¹⁸ Amparado en una soberbia tradición militar, el Gran Corso batió sucesivamente a los enemigos de Francia hasta quedar dueño del continente. Sólo le fue

16 El clásico de Geoffrey Parker: *La Revolución Militar. Innovación militar y apogeo de occidente*. Alianza, Madrid 2002.

17 George Rudé: *La Revolución Francesa*. Vergara, Buenos Aires 1989, VII, 1.

18 Véase Alistair Horne: *The Age of Napoleon*. Phoenix, London 2004. Introduction.

esquivo el triunfo en el mar, dominado por el pilar de la contrarrevolución, su archienemiga Inglaterra. Napoleón era un Carlomagno, pero no de la cristiandad sino del jacobinismo.¹⁹ En este “gran espacio” europeo, Napoleón pretendía un código europeo, una corte de justicia europea, las mismas leyes, sistema de medidas y moneda. Quería hacer de los pueblos de Europa un solo pueblo, pero manejado por Francia y con capital en París. Los franceses eran ciudadanos de primera y los demás casi no tenían derechos.

Napoleón pretendía la unificación de Europa, pero a través de la “dictadura universal” -como admite en su *Memorial de Santa Elena*- creyendo que sólo habría tranquilidad en Europa si ésta tuviera un solo jefe y un solo Emperador. Argumentaba que si la campaña de Rusia hubiera sido exitosa en vez del desastre que fue, habría depuesto las armas para dedicarse a la unificación de Europa, es decir reunir a Europa con lazos federativos indisolubles. Dijo en el exilio lo contrario de lo que hizo en su apogeo; no se puede unificar por la fuerza una gran región en conflicto permanente. Como soberano de un continente, Napoleón necesitaba cada vez más hombres y más dinero, así que traicionó los ideales revolucionarios y se dedicó a la explotación de los pueblos bajo su poder, perdiendo la mayor virtud de un estadista, la capacidad de discernir lúcidamente.²⁰ Ello ocasionó por reacción el surgimiento de los nacionalismos y las guerras de liberación nacional, como la de *Freierkrieg* alemana y la de independencia en España.²¹

Estado-Nación y Gran Espacio

La nación francesa surgida de la revolución de 1789 se había proclamado “una e indivisible”. Francia había sido -más que ningún otro país europeo desde la unificación española por los Reyes Católicos- el lugar en donde la cultura nacional y el Estado-nación habían seguido un desarrollo paralelo. Como en la España de Nebrija, la lengua era a la vez un instrumento y un símbolo de la unidad estatal; la *Académie Française* fundada tempranamente en 1635 era su pilar. Pero al igual que en Italia y Alemania, había diferencias dialectales -la mayor la del sur, el *Languedoc*- y una de las proclamas de la revolución fue imponer por ley que todos los niños aprendieran a hablar y escribir en francés.

19 Al respect, sigue siendo insuperable el clásico de Geoffrey Bruun: *Europe and the French Imperium*. Harper & Brothers, London-New York 1938, pgs. 61 y ss.

20 Albert Manfred: *Napoleón Bonaparte*. Akal. Barcelona 1988, pgs. 429-430. Vincent Cronin: *Napoleón*. Vergara, Buenos Aires 1988, pgs. 276 y ss.

21 G. Bruun: *op. cit.* pg. 95.

Del mismo modo, en un país privado de unidad como Alemania, la reacción a la ocupación napoleónica con la “guerra de liberación nacional” culminó en la exaltación de la cultura germana como superior a todas las demás de Europa; Fichte así lo proclamó en sus “discursos a la nación alemana”. Se reivindicó el pasado germánico “individualista y noble” que cantaba Tácito, y una serie de intelectuales y políticos empezaron a formarse en universidades alemanas. Historiadores como Ranke y Droysen exaltaban a los grandes conductores del pasado; la biografía de Alejandro Magno por el segundo tuvo un gran impacto, identificando a Prusia con Macedonia y la misión alejandrina.

Este proceso culminó con la unificación germana bajo Otto Von Bismarck, quien para mantener consolidado al pueblo alemán, se presentó a sí mismo como el campeón de una causa “nacional”, en un sentido distinto de los anteriores. Este cambio se evidenció en la aparición del Reich bismarquiano en los mapas alemanes.²²

Con Bismarck, la superioridad de la cultura germana se convirtió en ideología del Estado nacional, dirigido y unificado por el más organizado y militarizado de los Estados alemanes, Prusia. Así, Alemania también se transformó en la nación “única e indivisible”, con un sentido misional igual a la Francia napoleónica, que había contribuido por oposición a convertirla en una realidad histórica. Pero Bismarck era prudente y tenía sentido de la realidad histórica. Faltaba la incorporación de un nuevo elemento: la afirmación de que la savia común de un pueblo no era el idioma sino la sangre. Es curioso que los propulsores intelectuales de esta teoría racista no fueran originalmente alemanes, el conde de Gobineau, francés, y el escritor inglés Houston Stewart Chamberlain. Se necesitó la hecatombe de la Primera Guerra Mundial para que esta mezcla de mitos y realidades se activara y culminara en el Tercer Reich de Adolf Hitler y derivara en una crisis aún mayor, que todavía signa el destino de Europa.

Teniendo la experiencia napoleónica a sus espaldas, el intento de unidad europea basada en la hegemonía alemana de Hitler resulta aún más erróneo e injustificable. El Tercer Reich pretendió crear un gran espacio europeo al estilo de la empresa napoleónica, solo que con un contenido pangermanista, con capital hegemónica en Berlín, donde habría europeos de primera y de segunda de acuerdo con un criterio racista, con total exclusión de los judíos. Sobre el tema existen innumerables obras, y no corresponde ahondar en estas páginas

22 A.J. P. Taylor: *The course of German History. A survey of development of Germany since 1815*. Capricorn Books, New York 1946, pg. 131.

sobre ello.²³ No interesa aquí abundar en una temática tan conocida y cuyos aspectos ideológicos y teopolíticos hemos estudiado previamente.²⁴

Pero sí interesa volver sobre la idea de Europa. Una suerte de Gattinara frustrado fue uno de los mayores juristas y politólogos del S. XX, el estudioso de la teoría de los “grandes espacios” o *Grossraum*, Carl Schmitt, en oposición con la concepción nacionalsocialista del “espacio vital” o *Lebensraum*.²⁵

Una de las contribuciones más significativas del pensamiento de Schmitt se da en el ámbito del derecho internacional. Preocupado por el *ius publicum europaeum*, el autor de *El concepto de lo político* se pregunta, ante la evidencia de la tendencia hacia los grandes espacios, si el derecho internacional se ocupará de la relación entre esos grandes espacios o de los derechos de los pueblos libres que vivan en un gran espacio común. Para él, el *Imperio* supone un ámbito espacial de gran extensión en donde su idea política irradia, ausente de intervenciones extrañas. “Constituyen Imperio aquellas potencias hegemónicas y preponderantes cuya influencia política se irradia en un gran espacio determinado, con ausencia de intervención de potencias foráneas; en el caso del Reich alemán -continúa Schmitt: entre el universalismo de las potencias del occidente democrático liberal -asimilador de pueblos- y el oriente bolchevique -de signo revolucionario mundial- ha de defender un orden de vida no universalista, nacional y respetuoso para con los pueblos.”²⁶ Tan lúcido en su diagnóstico del este y el oeste, Schmitt no comprendió que las premisas prevalecientes del pangermanismo a ultranza no contemplaban, precisamente, las identidades de los pueblos incluidos dentro del gran espacio del Tercer Reich.

La base primaria del orden internacional será el espacio, pero Schmitt destaca que, frente al universalismo del derecho internacional

23 Mencionemos algunas conocidas: Klaus Hildebrand: *Il Terzo Reich*. Laterza, Roma-Bari 1983. Ernst Nolte: *El Fascismo en su Epoca*. Península, Barcelona 1967. Jean Daluces: *Le Troisième Reich*. Avalon, Paris 1994. Jost Dülffer: *Nazi Germany 1933-1945. Faith and anihilation*. Arnold, New York 1996. Michael Burleigh: *El III Reich. Una nueva historia*. Taurus, Buenos Aires 2004. Christopher Chant: *Warfare and the Third Reich*. Barnes & Noble, New York 2000. Mark Mazower: *El Imperio de Hitler*. Crítica, Barcelona 2008. Claudia Koonz: *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico en el III Reich*. Paidós, Barcelona 2005. Y un largo etcétera.

24 Particularmente nuestro ensayo “George Mosse y Ernst Nolte. La necesaria historización del S. XX”. En Julio Pinto-Juan C. Corbetta (Comps.): *Reflexiones sobre la teoría política del S. XX*. Prometeo, Buenos Aires 2005.

25 Al respecto, Horacio Cagni: “Una visión de la política mundial contemporánea en clave schmittiana”. En Jorge Dotti-Julio Pinto (Eds.): *Carl Schmitt, su época y su pensamiento*. Eudeba, Buenos Aires 2002.

26 Carl Schmitt: *Il concetto d’Impero nel diritto internazionale*. Settimo Sigilo, Roma 1996, pg. 45.

británico y el panintervencionismo norteamericano, se hace necesario un derecho regionalista, derivado del equilibrio de los grandes espacios. Dicho equilibrio, para ser tal, requiere de muchos neutrales que lo hagan posible. Sabido es que la compleja situación creada por la Segunda Guerra Mundial prácticamente terminó con la neutralidad, tanto por la estrategia soviética de “guerra civil mundial”²⁷ como por la anglosajona de crear una entidad planetaria que, ya en 1943, se denominaba Naciones Unidas.

El *Grossraum* es para Schmitt una construcción basada en su teoría *amigo-enemigo*. Pero para este jurista de formación católica, el enemigo es sólo mi par enfrentado y como tal debe ser tratado, no como un criminal. Resulta la evidencia que el concepto de *Grossraum*, en Schmitt, se diferenciaba del de espacio vital *-Lebensraum-* del nazismo, en que se preocupaba de liberarse de una mentalidad expresada en puros términos etnogeopolíticos y trataba de encontrar un derecho internacional ajustado a esta nueva tendencia del desarrollo humano. Reconoce que el espacio americano está dominado por el concepto de no intervención de otros poderes sobre dicho espacio (Doctrina Monroe). Los creadores de esta doctrina vieron un enemigo, un “extraño” -la Europa de las revueltas y las guerras nacionales y civiles- y esta concepción le ermitió a los Estados Unidos construir una gran área de influencia, basada en el aislacionismo respecto de otros grandes espacios. No obstante, desde Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson han seguido una política panintervencionista creciente.²⁸

Schmitt propiciaba una suerte de “Doctrina Monroe europea”, la consecución de un espacio continental con predominio alemán, pero donde pudieran integrarse los demás pueblos dentro de él, en una suerte de comunidad cultural y de intereses.²⁹ Este espacio suponía la protección y el respaldo de las distintas nacionalidades del área, cohabitando con otros grandes espacios: los Estados Unidos y la URSS -basados en principios internacionalistas-, el Imperio Británico y la Gran Asia del Japón.

Pero, alejándose cada vez más de las tesis schmittianas para insistir mayormente en la teoría del *Lebensraum*, de connotación geopolítica racista, los funcionarios del Reich encargados de los territorios

27 Ernst Nolte: *Dramma dialettico o tragedia? La guerra civile mondiale e altri saggi*. Settimo Sigilo, Roma 1994. Primera parte.

28 Al respecto, el artículo de Carl Schmitt: “La lotta per i grandi spazi e l’illusione americana”. *Lo Stato*, N° XIII, Roma 1942.

29 Al respecto Carl Schmitt: “Le droit des peuples réglé selon le grand espace proscrivant l’intervention de puissances extérieures, Une contribution au concept d’empire en droit international (1939-1942)”. En Schmitt: *Guerre discriminatoire et logique des Grands Espaces*. Krisis, Paris 2011, pgs. 141-206.

ocupados en la guerra subvirtieron la que podría haber sido una propuesta realista, hasta su anulación en lo insensato. Imbuidos de una concepción racial biológica de tipo positivista ochocentista, con absoluto desprecio de muchos pueblos no germanos, se dedicaron a explotarlos -como lo hiciera Napoleón desde otro abordaje- ganándose así enemigos dentro de su *Grossraum* en vez de aliados. El propio Schmitt comenzó a tener crecientes roces con la inteligencia nazi, al punto de que su teoría terminó por ser considerada “sospechosa y perniciosa”.

Guerra Total. Estado Imperialista y Estado Total

En el proceso de unificación revolucionaria de Francia y contrarrevolucionaria de Alemania, vistos en términos comparativos, varios historiadores establecieron un paralelo entre sus conductores arquetípicos y catalizadores de fuerzas colectivas, es decir Napoleón y Hitler. Ambas figuras históricas tendrían numerosos aspectos y elementos comunes, que contribuirían a explicar mejor a la Europa contemporánea. Por supuesto, es un tema que lógicamente condujo a numerosos debates.

El punto de partida para esta analogía es el origen y desarrollo de la *guerra total*, la cual se entiende como el conflicto bélico realizado con medios y propósitos ilimitados, la movilización de todos los recursos humanos y materiales sin restricciones legales y morales, en donde la dirección política y el esfuerzo militar supera todo parámetro racional, lo cual termina transformando los objetivos a lograr en algo virtualmente imposible.

La guerra total se habría iniciado con Napoleón y su empresa imperial. Entre las batallas cruciales de Valmy (1792) y Waterloo (1815) se desarrolla en Europa un conflicto sin precedentes, por los recursos utilizados, las fuerzas enfrentadas y el hecho de involucrar a civiles en grandes proporciones, algo que no había sucedido anteriormente. En un enjundioso estudio, David Bell presentó esta tesis unos años atrás.³⁰ Lo asombroso de esta nueva especie de guerra es la escala de saña y violencia que le es característica. Bell estudia particularmente las subguerras que envuelven a la resistencia civil, que se opone y enfrenta a las normas y dictados de la Francia republicana primero y al Imperio napoleónico después. El aplastamiento de la rebelión campesina en La Vendée, la guerrilla española y las diversas insurrecciones de Bélgica, el Tirol y Calabria, que se caracterizaron

30 David Bell: *The First Total War: Napoleon's Europe and the birth of warfare as we know it*. Houghton Mifflin, Boston 2007.

por una represión salvaje y una pareja ferocidad, son masacres que no pueden definirse como excepciones o “daños colaterales”.

Existiría, por tanto, un “frente del este” -por analogía con lo sucedido en la guerra entre el Tercer Reich y la Unión Soviética-, que en el caso napoleónico sucedía en el oeste y el sur, con España y las insurrecciones italianas. Al igual que en las campañas de la Segunda Guerra Mundial -particularmente el frente ruso-, las guerras napoleónicas están signadas por la movilización general de los recursos colectivos y el uso y abuso de la violencia indiscriminada. Esta violencia no sólo se expresa en los efectos de la lid sobre la población civil, sino en el desprecio que los jefes militares tienen respecto de la vida de sus propios soldados, comenzando por el mismo Napoleón.

Por supuesto que los especialistas en historia militar pueden hacer múltiples objeciones. No puede excluirse a las Guerras Púnicas entre Roma y Cartago del concepto de guerra total, sólo que la capacidad técnica no permitía entonces el aprovechamiento total de la base productiva de las respectivas naciones. La Guerra de los Treinta Años presentó no sólo la victoria del poder de fuego y la movilidad sobre las fuerzas militares caóticas, sino la destrucción de ciudades y la muerte y vejación de civiles.³¹

Lo que sí logró la Revolución Francesa y aprovechó Napoleón fue la leva en masa, disponiendo no sólo de las personas sino de su patrimonio; el Estado nacional revolucionario necesitaba un cheque en blanco para movilizar todos los recursos necesarios para la consecución de sus objetivos. El propio decreto de la Convención Nacional de 1793 lo institucionaliza, lo cual para el especialista en historia bélica, general Fuller, constituye un “retorno a la barbarie”.³²

Además, la guerra total no necesariamente es sentida así por la totalidad de los beligerantes en ella involucrados. Muy probablemente, para la Prusia de Federico el Grande, la Guerra de Los Siete Años -S. XVIII- significó una guerra total, pero no así para sus enemigos.³³ Los campesinos españoles libraron una guerra total o simplemente la sufrieron? Sin duda que las operaciones de guerrilla y contraguerrilla fueron de una brutalidad absoluta; la guerrilla española defendía sus tierras, pero también cometía acciones de pillaje y asesinato contra

31 Los ejemplos son muchos. Véase nuestro capítulo “Guerra total, enemigo total y genocidio. Aspectos de una conducta histórica”, en Horacio Cagni (Comp.): *Conflicto, tecnología y sociedad*. Universidad Nacional de Lomas de Zamora 2009.

32 Gral John Fuller: *La conducción de la guerra*. Luis de Caralt, Barcelona 1965, pg. 26.

33 Con una población muy inferior a la de sus enemigos, Prusia perdió casi el 7 % de sus hombres en 16 batallas terribles. El propio territorio había sido invadido y devastado. Gral. Salvatore Pagano: *Le guerre di Federico II*. Zanichelli, Bologna 1939, pg. 277.

los franceses y sus aliados en contra de todas las reglas de conducta de guerra. La represalia gala incluía fusilamientos y ahorcamientos sin juicio, incluso de civiles escogidos al azar, toma de rehenes y arrasamiento de pueblos.³⁴ Es decir que se instaló un nuevo tipo de guerra, donde una nación europea, que provenía de una tradición iluminista y con un ejército que pasaba por ser el mejor formado, se vio involucrada en el abandono de toda restricción en el escenario de una guerra civil e intraestatal.

Por cierto que existen similitudes con lo ocurrido en la guerra germano-soviética de 1941- 1945; los partisanos soviéticos se reclutaban en todos los estratos de la población, y los miembros venidos del ejército y del campesinado eran mayoría. El ascenso del movimiento partisano ruso a una fuerza bélica considerable fue la directa consecuencia de la política de ocupación alemana. Al principio, las fuerzas germanas fueron recibidas como liberadoras, pero la consiguiente insatisfacción popular debido a la brutal conducta del invasor convirtió a la Rusia ocupada en un semillero de partisanos. Las atrocidades por ambos bandos fueron incrementándose con el tiempo.³⁵

El clero, acérrimo enemigo de la revolución francesa, fue la guía de los guerrilleros españoles, que combatían contra los odiados godos en defensa del orden tradicional español y la religión católica. Stalin, más allá de los comisarios políticos comunistas, exaltó a la iglesia ortodoxa rusa y los íconos nacionales para movilizar la resistencia al invasor. La *Grand Armée* y la *Wehrmacht* tuvieron que enfrentar un enemigo animado por el mismo ímpetu ideológico y la misma movilización total popular.³⁶

Se podría establecer un parangón entre el año 1812 y 1942. La hegemonía de la Francia revolucionaria sobre el continente europeo era evidente; el Estado francés impuso su propia administración y sistema jurídico en los países satélites, como Holanda y los reinos italianos, y los aliados de Napoleón -como los Estados alemanes del Rin- copiaron las instituciones y leyes francesas. Pero fue en 1812 cuando la desastrosa campaña de Rusia significó el punto de

34 Charles Esdaile: *La Guerra de la Independencia*. Crítica, Barcelona 2004, pg. 303 y ss.

35 Matthew Cooper: *The Panthom War. The german stuggle against the soviet partisans 1941-1944*. Mc Donald & Janes, London 1979, pgs. 23-29.

36 Napoleón le dice a Las Cases en Santa Elena: “Esta maldita operación -guerra de España- me ha perdido. Todos mis desastres confluyen en este nudo fatal; ha destruido mi crédito en Europa, complicado mis problemas y constituido una escuela para los soldados ingleses”. (Citado en P. Ravignat: *Lo que verdaderamente dijo Napoleón*. Aguilar, Méjico 1979, pg. 172). Ante el fracaso de la campaña de invierno, Hitler por vez primera admitió ante sus colaboradores inmediatos que la guerra estaba perdida. Joachim Fest & Christian Herrendoerfer: *Hitler, una carrera*. Rizzoli, Milano 1978, pg. 153.

inflexión en que el poder napoleónico comenzó a retroceder. Del mismo modo, el Tercer Reich impuso su hegemonía por las armas a la Europa continental, y en los territorios administrados directamente -como Polonia y los países bálticos- sus propias leyes de guerra. Los países aliados -como Italia, Hungría y Rumania- sufrieron una influencia creciente del nazismo en su sistema político y jurídico, particularmente con la adopción de leyes raciales. Pero 1942, con la derrota de Stalingrado, señala el tope de la expansión hitleriana y el comienzo del fin.

Existía una diferencia de fondo. La hegemonía napoleónica había creado un fortalecimiento de las ideas nacionalistas y la consolidación de fuertes unidades nacionales -sobre todo en Prusia- producto también de la tradición previa del absolutismo. En cambio, el Reich hitleriano había surgido de los escombros de una Europa desgarrada por la Gran Guerra, y en definitiva, al abandonarse la unificación continental en aras de la expansión y explotación imperial, había contribuido a liquidar el eurocentrismo.

En ambos casos históricos, sólo Rusia e Inglaterra, situados en los extremos de Europa, se destacaban netamente de los demás países del continente; el primero -sea como Rusia zarista o Unión Soviética- tenía una tradición autocrática diferenciadora, el segundo por su condición parlamentaria y su privilegiada posición geográfica y apoyatura imperial global. Las dos potencias resistieron exitosamente los intentos de poder hegemónico continental de Francia y Alemania. El segundo conflicto mundial presentó una Rusia e Inglaterra “ampliadas”, con la incorporación efectiva del Asia luego de la revolución bolchevique y la alianza atlantista entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. Pero varios aspectos similares se mantienen.

No obstante, tampoco es cuestión de exagerar al respecto. Las comparaciones anacrónicas suelen inducir a conclusiones erróneas, si no se indagan elementos fundamentales que son comunes en un largo proceso histórico. El auge de las biografías comparadas comenzó en las últimas décadas del pasado siglo, aunque hubo ejemplos siempre, si recordamos las *Vidas Paralelas* de Plutarco. Cuando los historiadores comparan personajes que coexisten en la misma época y están involucrados en los mismos acontecimientos históricos, los resultados pueden ser muy interesantes, como la comparación de Bullock de los dos mayores dictadores del S. XX.³⁷

Durante la Segunda Guerra Mundial, a efectos propagandísticos e ilustrativos, se hizo mención en diversas ocasiones a la similitud del desarrollo y desenlace de las campañas napoleónicas respecto de las hitlerianas: probable invasión de Inglaterra, resistencia en países

37 Alan Bullock: *Hitler and Stalin. Parallel lives*. Fontana Press, London 1993.

ocupados, derrota frente a la vastedad y crudeza de la geografía rusa, etc. En 1988 el historiador Desmond Seeward publicó una biografía comparada de Hitler y Napoleón, donde señala diversos aspectos, medulares para la comparación: orígenes modestos (cap.1); ambición desmedida (cap.2); intento de golpe de Estado (cap.3); creación de una nueva Francia y una nueva Alemania (cap.4); expansión bélica y conquista continental europea (cap.5-6); fracaso en las campañas contra Rusia (cap.7); el bloqueo continental y su equivalente la “fortaleza europea” (cap.8); resistencia popular contra la ocupación (cap.9); guerra de coalición (cap.10); ruina final de ambas potencias (cap.11).³⁸

Cierto es que ambos, Hitler y Napoleón, alteraron profundamente el mapa de Europa. Francia y Alemania superaron las miserias de la ocupación enemiga con sorprendente rapidez. Cada uno, emperador y *Führer*, dejaron como testamento documentos donde pretendían justificarse y avalar un juicio positivo de la historia. Ambos contribuyeron a la destrucción de la Europa clásica cristiana. Napoleón se veía a sí mismo como una vía media entre el *ancien régime* y el *terror*, limpiando la revolución y aprovechando lo que consideraba bueno del pasado y de los nuevos tiempos. Igualmente Hitler; argumentó que representaba un camino medio entre el capitalismo y el socialismo materialista. Ambos hombres fueron enigmas a vasta escala.³⁹

Por supuesto, existe un elemento central que hasta hace poco distinguía claramente a ambos personajes: Napoleón no había cometido genocidio, Hitler sí. Es decir no existiría algo equivalente a la *Shoa* de la cual responsabilizar al Gran Corso. Puede argumentarse, también, que la muerte en masa es consecuencia de la aplicación de la innovación de la capacidad industrial y tecnológica del S. XX. Pero en 2005, un franco-haitiano, Claude Ribbe publicó un libro que causó, al menos en Francia, un gran impacto, donde acusaba a Napoleón de ser “un modelo para Hitler” y un precursor del *Führer* en tácticas genocidas.⁴⁰

Luis XVI había abolido la esclavitud en 1792, pero en 1802 Napo-

38 Desmond Seeward: *Napoleon and Hitler. A comparative biography*. Touchstone, New York 1990.

39 Juicios de Seeward: *Napoleon and Hitler*. Op. cit. pgs. 295; 300-301.

40 Claude Ribbe: *Les Crimes de Napoleon*. Privé, Paris 2005. Es sabido que Hitler admiraba a Napoleón; la portada del libro de Ribbe muestra la famosa foto del *Führer*, victorioso en Francia en 1940, visitando la tumba del Gran Corso en *Les Invalides*. Cuando *France Soir* relativizó los argumentos de Ribbe por triviales, destacando la diferencia que muchos historiadores hacen entre el legado jurídico y científico napoleónico y la herencia destructiva hitleriana, Ribbe argumentó que las cosas buenas de Napoleón le eran irrelevantes, ya que Hitler había desarrollado las autopistas e ideado el *Volkswagen*, pero ello no le eximía de sus crímenes de guerra.

león la restableció, particularmente en las colonias galas de Guadalupe y Haití -entonces llamado Saint Domingue-, reunidas en la isla La Española. Los esclavos libres de esas dependencias se sublevaron en defensa de sus derechos, bajo el mando del líder Toussaint Louverture. La represión realizada por la fuerza francesa enviada a sofocarla fue terrible, ejerciendo una clara “limpieza étnica”. Según Ribbe, que buceó en antiguos archivos franceses, las instrucciones de Napoleón de matar a todos los hombres mayores de doce años provocaron un millón de víctimas. Pareciera una cifra exagerada, pero la masacre es innegable. Muchos hombres fueron asesinados arrojados como lastre por las bordas de los navíos franceses. Luego de aplastar la sublevación, hombres sobrevivientes, mujeres y niños fueron amontonados en las sentinas de los barcos franceses, donde, desde lugares estratégicos, se inició adrede un fuego sulfuroso que generó un gas venenoso -dióxido de sulfuro- que terminó sofocando hasta la muerte a la carga humana.

De algún modo, estos barcos de la muerte se constituyen en un remoto antecedente de Auschwitz. A la reticencia francesa de reconocer, durante mucho tiempo, los crímenes de su Imperio colonial -y no sólo del jacobinismo- se le unió una absurda competencia entre judeodescendientes y afrodescendientes por el monopolio de la discriminación y el genocidio. El status legal frente al genocidio nazi, de un lado, y de la trata de esclavos, del otro, se transformó en un gran objeto de controversia entre las comunidades judía y negra de Francia, que de por sí tenían una relación ambivalente.⁴¹

Por supuesto que la imagen de Napoleón ha sufrido la influencia del punto de vista de su archienemiga Inglaterra; una visión maniquea que niega la complejidad de la historia del mundo. En términos generales, esta idea es que las guerras napoleónicas se reducen a una Gran Bretaña liberal y benevolente, que enfrenta al sangriento jacobinismo del continente -y por ende a Napoleón-, para preservar a Europa de caer bajo la tiranía que intenta subyugarla.⁴² Hitler no sería más que una repetición ampliada y exasperada de Napoleón, que obviamente motiva una condena mayor.

Por otra parte, existe la cuestión de la inmigración. Desde mediados del S. XX arribó a Francia una notable oleada migratoria proveniente de sus colonias y ex-colonias, y una parte de la población francesa, que se consideraba a sí misma de puro origen francés, se negó a considerarlos parte de la comunidad. Ante el avance de la

41 Al respecto Jean Yves Camus: “The commemoration of slavery in France and the emergence of a black political consciousness”. *The European Legacy*. Routledge, New York 2006, Vol. 11, N° 6, pg. 652.

42 Observaciones de Lentz Thierry: *Napoleon and Hitler. The improbable comparison*. Paper presentado al Consortium of the Revolutionary Era 1750-1850, Tallahasee, Florida 2011. Disponible en Internet.

integración europea, se empezó a entronizar en Francia un discurso de identidad “euro-occidental”, que derivó en una reafirmación de la tesis hungtintoniana del “choque de civilizaciones”. La propaganda post-guerra fría reemplazó al comunismo como portador de amenaza por el islamismo. El pensador y periodista “halcón” estadounidense Frank Gaffney -creador y presidente del *Center for Security Policy* y columnista del *Washington Times*- inventó el término *islamofascism*; intelectuales como Bernard Henri Lévy lo adoptaron en Francia, donde incluso se llegó a hablar de nazislamismo.

El semanario satírico *Charlie Hebdo* publicó, en su edición del 1º de marzo de 2006, un manifiesto titulado *Ensemble contre le nouveau totalitarisme*, donde amalgamaba nazismo e islamismo. “Después de haber vencido al fascismo, al nazismo y al stalinismo, el mundo enfrenta una nueva amenaza de tipo totalitaria, el islamismo. Nosotros escritores, periodistas, intelectuales, llamamos a la resistencia al totalitarismo religioso y a la promoción de la libertad, la igualdad de oportunidades y la laicidad para todos”.⁴³ Bien visto, existe en este documento la confusión de identificar islamismo con las ideologías totalitarias, y proponiendo al mundo el abandono de toda religión por la laicización. Aquí subyace el iluminismo revolucionario del S. XVIII en su más absoluto formalismo, el mismo que dio origen a todas las ideologías totalitarias posteriores.⁴⁴

Todas las reflexiones anteriores demuestran que la mala conciencia europea provoca continuos interrogantes, revisiones del pasado y comparaciones que hacen a una cuestión más profunda y más grave y es el tema de la identidad del colectivo europeo.

El grave problema que Europa nunca pudo superar fue que el condicionamiento geográfico -incluso síquico en su condición de “apéndice de Asia”, como decía Paul Valéry-, y el precedente histórico de Roma y del Sacro Imperio llevó, una y otra vez, a tentativas de unificación siempre basadas en la hegemonía de una nación y bajo una capitalidad. La España de Carlos V buscó la unidad por la “catolicización” de Europa, la Francia de Napoleón intentó hacerlo bajo la vestimenta de la revolución jacobina -antes Luis XIV como símbolo del absolutismo pero sus objetivos no estaban animados de un fermento tan ambicioso-, y el Reich hitleriano intentó lograr la supremacía -la Alemania del Káiser Guillermo II no puede ser juzgada del mismo modo-, mediante la imposición por la fuerza de sus postulados racistas.

43 El documento puede verse en la página de *Prochoix-News*, Archives, marzo 2006. Disponible en Internet. Entre otras firmas, figuran Bernard Henri Lévy y Salman Rushdie.

44 Al respecto recordemos las insuperables obras de Jacob Talmon: *Los orígenes de la democracia totalitaria*. Aguilar, Madrid 1956 y *Mesianismo Político*. Aguilar, Madrid 1969.

El apogeo del Estado-nación y su anexo el paradigma westfaliano se dará a principios del S. XX. La contienda interimperialista de 1914-1918 constituyó el cenit de Europa y su canto del cisne. La Primera Guerra Mundial o Gran Guerra -de cuyo estallido se cumplió un siglo y que no interesa profundizar aquí- involucró a casi todos los países europeos y muchos del hemisferio norte. Se enfrentaron dos coaliciones de potencias, la Entente (Gran Bretaña, Francia y Rusia, a la cual luego se les unió Italia y los estados Unidos) y los Imperios Centrales (Alemania, Austria-Hungría y el Imperio Otomano).

El conflicto abarcó todos los planos -militar, político, económico y cultural- y terminó con el eurocentrismo. El continente, que había entrado en la época contemporánea con una enorme seguridad de sí mismo, creído en su preeminencia por designio cuasi divino y un particular destino histórico, se había suicidado en una guerra fratricida, provocada por la radicalización del nacionalismo europeo.

A partir de la Gran Guerra, y más aún con la Segunda Guerra Mundial, el despliegue enorme de fuerzas destructivas -nada ajeno al mesianismo tecnológico occidental- liquidó definitivamente el sistema estatal europeo y su equilibrio, tan brillantemente logrado como *ius publicum* a partir de Westfalia. Tan es así que debió ser restablecido desde afuera, por dos potencias extraeuropeas, ambas igualmente basadas en postulados panintervencionistas: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Gran Bretaña, que en la orilla del europea siempre había aprovechado inteligentemente las guerras entre las naciones continentales, tuvo que resignar a su vez a la predominancia indirecta que su privilegiada posición geográfica e imperial le brindaba.

De las enseñanzas de la historia podemos sacar algunas conclusiones:

-El fracaso de Europa fue caer en la tentación del Imperio en desmedro de la idea de federación/confederación. Mientras que el Imperio supone una centralización basada en la hegemonía de una ideología, un proyecto y una nación con una capitalidad, la confederación o federación implica un acuerdo entre sus partes basado en el consentimiento y respeto mutuos. La concepción imperial se basó en una ideología monista, con postulados elevados al rango de mito, que excluían a todo lo otro como enemigo, como se ha relevado en los ejemplos históricos expuestos.

-La pretensión hegemónica de cualquier parte de Europa de imponerse sobre el resto generó una enorme tensión entre Imperio y Estado-nación. Los movimientos de resistencia y rebelión a la hegemonía se repitieron, hasta que el Viejo Continente perdió su soberanía efectiva frente las superpotencias del mundo bipolar, los Estados Unidos y la Unión soviética.

-Siendo Europa la cuna de la revolución industrial y tecnológica,

aplicada también al plano militar, generó la guerra total de recursos y objetivos ilimitados, en mayor escala e intensidad que en cualquier otra época y lugar. Este proceso se acompañó de cierto espíritu tanático y fáustico; la ideología monista entronizó la discriminación del adversario, aspecto extendido a todo lo que se considera Occidente.

Los toros ideológicos sucesivos raptaron a Europa llevándola por el sendero del extravío y la desviación. “Expresado en términos del mito -bien señala Diez del Corral- Europa, antes de ser raptada por extraños, padeció internamente el fenómeno en la forma de una auténtica enajenación mental, de un rapto del sentido, fue condescendiente no sólo con la espléndida animalidad divina del toro, sino con la animalidad elemental de la sangre y el instinto.”⁴⁵

Europa hoy. Los interrogantes continúan

Para restablecer el equilibrio desde el Atlántico y las estepas asiáticas, Europa debió pagar con su debilitamiento, con el adiós definitivo a ser el centro del poder económico, político y cultural del globo, y su partición en áreas de influencia de las superpotencias extraeuropeas del este y del oeste, vencedoras del conflicto mundial. La “guerra fría” subsiguiente no hizo más que ahondar y consolidar esta situación.

Posteriormente a 1945, Europa, como se dijo, jugó un rol de segundo orden en la política internacional, más o menos matizada por la presencia mediadora entre oeste y este de la Francia gaullista. El liderazgo de hombres como De Gaulle, Adenauer y De Gásperi, y la creación de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero en los años cincuenta, sentó las bases de la Comunidad Económica Europea primero y la Unión Europea después, sucesivamente ampliada en miembros participantes. Este gran espacio europeo surgió del temor a los soviéticos y al Pacto de Varsovia y a la sombra de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

A pesar de la “revolución del saber”, que continuó haciendo de Europa un destacado lugar en las artes, las ciencias y la tecnología⁴⁶ costó mucho al Viejo Continente aparecer en el *top* del ranking del poder mundial. Aquellos que aspiraban al triunfo del socialismo real vieron sus expectativas frustradas, con pérdida del impulso revolucionario, alejamiento del mundo avanzado e incapacidad ante los dilemas eco-

45 Luis Diez del Corral: *El Rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*. Revista de Occidente, Madrid 1954, pg. 323.

46 Walter Laqueur: *La Europa de nuestro tiempo*. Vergara, Buenos Aires 1994. Tercera parte.

nómicos. Los propios pueblos de Europa Oriental contribuyeron al fracaso de la URSS y, por ende, del comunismo a nivel planetario.⁴⁷

Con la retirada rusa luego de la caída del muro de Berlín en 1989-91, y el consiguiente despegue norteamericano, el continente europeo quedó nuevamente como protagonista de su espacio, pero con problemas y crisis económicas de magnitud -la zona del *euro* no pudo consolidar su proyección internacional-, que la obligan a replantear incluso la propia idea de Europa. Aquella pregunta de Raymond Aron décadas atrás sigue teniendo vigencia: “Tiene Europa vitalidad histórica para unirse efectivamente?”⁴⁸

La ausencia de un mito identitario se presenta ahora -con la invasión pacífica de las antiguas colonias a las metrópolis, el nombramiento de un primer Papa no europeo, las migraciones internas de los países pobres y periféricos del este al oeste, la expoliación de las fuerzas del trabajo por el crédito de la banca, etc.- como uno de los principales elementos en el fracaso de lograr una unidad regional basada en valores compartidos. Europa parece un espacio sin *ecúmene*. Un conjunto de países como en las instancias previas al Imperio medieval, pero sin un aglutinante efectivo.

Tiene esto que ver con la actual Europa? Obviamente, y no sólo por la importancia de lo que fuera la cristiandad en la idea europea, un elemento que en el mundo dinámico y cambiante actual sigue siendo importante pero no determinante. Y no es casual que en algunos círculos de intelectuales y políticos europeos exista una reivindicación del Sacro Imperio medieval como fundamento de la idea de Europa, desde que el fin del bipolarismo desplazó el centro de gravedad continental a la *Mitteleuropa* y los Estados nacionales clásicos han sido relativizados. Luego del desprestigio del vocablo *Reich* por el nacionalsocialismo, se busca recuperar el Sacro Imperio como punto de recuperación de la idea europea. El continente necesita una legislación y constitución comunes, como lo era la ley fundamental del Sacro Imperio, amplia y a la vez ajustada a la comunidad, unida a una simbología fuerte.

Pero un Sacro Imperio al estilo de Federico II Staufen (S. XIII), el de los espacios interculturales diferenciados, del respeto por la diversidad cultural y religiosa y del llamamiento a la coexistencia pa-

47 Zbigniew Brzezinski: *El gran fracaso*. Vergara, Buenos Aires 1989, pgs. 271 y ss.

48 Raymond Aron: *Un siglo de guerra total*. Rioplatense, Buenos Aires 1973, pg. 360.

cífica.⁴⁹ Este *Imperium* aspiraba a ser respetado, pero no buscaba la hegemonía ni la expansión imperialista, sino proteger a sus habitantes de enemigos internos y externos. “Sabía hacerse valer mientras Europa hoy no está visible. Constituiría un orden pacífico ofrecido como alternativa a un mundo militarizado”.⁵⁰

Una cosa resulta evidente: Europa no se podrá realizar como una unidad contra las naciones sino con las naciones y pueblos que la constituyen, comprendiendo que ninguna región del planeta escapa ya a un mundo globalizado. En el respeto por las diferencias y la especificidad de todos sus integrantes, Europa se verá a sí misma como un conglomerado de diversos componentes étnicos, religiosos, lingüísticos y culturales, reflejo de la pluralidad que subyace en la esencia misma del continente europeo.

Fecha de recepción: Diciembre 2014

Fecha de aceptación: Diciembre 2014

49 Anteriormente hemos trabajado ampliamente el tema del Sacro Imperio Romano Germánico de Federico II Hohenstaufen. Horacio Cagni: “La visión política del Emperador Federico II”, en Guillermo L. Sánchez (comp.): *Federico II Hohenstaufen y su tiempo*. Fundación Los Cedros-Universidad de Sevilla, Buenos Aires 1995. También nuestro capítulo “La Sicilia Arabonormanda y el Emperador Federico II. Un espacio intercultural diferenciado”, en Marco Gallo (comp.): *El Mediterráneo, puente entre religiones y culturas*. Educa, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires 2011.

50 Conceptos de la historiadora Brigitte Mazohl-Wallming, directora del Instituto de la Universidad de Innsbruck. *DW-World, Deutsche Welle*, emisión del 28 de agosto de 2006.